De entre sus grutas al rumor saliendo,
De placer y alborozo estremecidos,
¡Viva el Imperio! fueron repitiendo.

¿Pero á dónde encontrar al generoso
Príncipe noble que á sus hombros quiera
De nuestra salvacion echarse el peso?....
¿Cuál corazon magnánimo que acepte
El sacrificio enorme que nosotros
Con dorada corona
En desnudez horrible le ofrecemos?
Y aparte la virtud, ¿á dónde el genio
Que pueda contener de tantos males
La obra destructora?
¿A dónde el fuerte bravo
Que refrenar consiga poderoso
El rápido torrente
Que al abismo nos lleva presuroso?
¿Dó la ciencia difícil
De edificar en medio de ruinas?
¿Dónde la voluntad, dó la constancia
Que no cedan al ver tantos escombros
Por la vasta estension diseminados?
¿Dó el supremo poder que de la tumba
Un pueblo muerto alzando,
Vigoroso y gentil vuelva á la vida?
Perdido empeño fuera,
Empresa inútil, vana,
Si el Archiduque de Austria no existiera.

Del Adriático mar las blandas olas
En concierto sonoro
Tiempo há que cantan del augusto jóven
Las prendas admirables, y la fama,
Recogiendo ese canto, por Europa
Y Africa y Asia, en incansable vuelo,
Del magnánimo príncipe pregona
La altísima virtud, la ciencia rara....
Ved que á México viene. ¡Dios bendito!
El Atlántico pronto atravesando,
Del Popocateplt en la alta cima,

De nieve coronada,
La planta ligerísima posando,
Detiene el raudo vuelo, y á sus lábios
Aureo clarin llevando,
En dulcísimo son que el aire hiende,
Del hijo de los Césares,
Vástago ilustre del ilustre Cárlos,
Las celestiales dotes nos revela.
Su viva fé que no empañó el aliento
Pestífero del siglo,
Su ardiente corazon, su inteligencia
Brillante, despejada,
Riquísima de ciencia,
Por el saber y el genio iluminada;
Su alma cristiana en la virtud nutrida,
Para mandar nacida,
Y para bien mandar por Dios formada.

Un grito atronador resuena entonces,
Que partiendo veloz á un tiempo mismo
De los ángulos todos del Imperio,
Vino á unirse en el centro, donde estalla
Como golpe de viento impetüoso;
Aplauso soberano
Que el espacio llenó; voz de la patria,
Que "hallé mi salvador," clamó dichosa.
"¡Viva el Emperador Maximiliano!"

Sí; yo las ví, las venerables sombras
De Cortés y de Hidalgo y de Iturbide,
De magestad augusta rodêadas,
Yo las ví levantarse en la llanura
Al escuchar el voto
De gozo estremecidas,
Y abrazarse llorando de ternura:
Llegó por fin, dijeron
Con entusiasmo santo,
El suspirado dia
Que nuestros pechos anhelaron tanto!
Y juntos emprendieron el camino.
Enjuto el pié pasaron por las aguas

Cual vapor matutino
Que ligero resbala sobre el lago:
Llegan á Miramar, y en la presencia
Del magnánimo príncipe elegido,
Los héroes le proclaman soberano,
Y ante él sumisas las altivas frentes,
Son los primeros en besar su mano;
Aun escucho sus voces que dijeron:
¡Viva el Emperador Maximiliano!

Y al levantar el brazo el Santo Pio
A la imperial pareja bendiciendo,
Ví la mano de Dios tambien alzada
Encima de los astros brilladores,
Y de ella desprendido
Como rayo de luz, raudal de gracia
Que á los dos inundó en sus resplandores.

Y al asentar la planta el Soberano
De Veracruz en las ardientes playas,
Ví al águila imperial en raudo vuelo
Levantarse soberbia,
Las espléndidas alas agitando
Por el límpido azul de nuestro cielo;
Asido lleva en su robusta garra
El tricolor pendon resplandeciente
Que en Iguala brilló lleno de gloria
El memorable dia
Que coronó risueña la Victoria
De la patria feliz la hermosa frente;
Adorna sus vivísimos colores,
Con letras de oro escrito,
Por el príncipe augusto un bello lema
Que así dice: "equidad en la justicia."
Los collados vistiéronse de flores;
A su sombra propicia
Reinó la paz, el órden, la abundancia,
Al arado volvió la agricultura,
La industria á su taller, á los caminos
El activo comercio, unos á otros
Dándose el parabien de su ventura,

Diciendo todos con acento ufano:
¡Viva el Emperador Maximiliano!

Y á tí tambien te ví, princesa hermosa,
Lozana flor de la corona belga,
Del Néstor de este siglo hija preciosa,
Con afan compartiendo la fatiga
De la labor inmensa de tu esposo.
Si el pesar ó el cansancio alguna arruga
En su frente dejó, rápidamente
Con tu blanda sonrisa disipabas,
Y al trabajo penoso
Que Dios quisiera darle, le animabas.

El reflejo de todas las virtudes
En su mirar dulcísimo se nota;
Por eso el pueblo clama entusiasmado
De amor y admiracion arrebatado:
¡Viva la bella Emperatriz Carlota!

Y ¡ví con qué placer! que á semejanza
De aquel antiguo imperio donde Cárlos
No vió ponerse el sol, en este nuevo,
Que por ventura nuestra, Dios dispuso
Ocuparan tan grandes Soberanos,
El sol de nuestro amor jamás se puso.

Junio 12 de 1864.—*Mariano A. Bejarano.*

Cancion á nuestros augustos Soberanos, en el dia de su entrada á la capital del Imperio.

CORO.

Mil himnos sonorosos
En este nuevo dia
De insólita alegría,
Cantemos al Señor.
Y en vivas mil prorumpa
El pueblo mexicano,

Al gran Maximiliano,
Su insigne Emperador.

I.

Pasaron ¡ay! cual sombra
Los años de ventura,
Y en lid nefanda apura
La patria amarga hiel.
Y padres contra hijos,
Y hermanos contra hermanos,
Se matan inhumanos
En guerra sin cuartel.

Mil himnos, etc.

II.

Los campos están yermos,
Sin flor, ni mies, ni fruto;
Do quier hay llanto y luto,
Y peste y hambre en pos.
Del pobre y rico incendia
La ira los hogares,
Y el templo y los altares
Del verdadero Dios.

Mil himnos, etc.

III.

De crímenes sin nombre
Derrámase la copa,
Y es México á la Europa
Escándalo y baldon.
Mas Francia, que no pide
De Albion y España vénia,
Nos salva. ¡Gloria á Eugenia
Y al gran Napoleon!

Mil himnos, etc.

Y en Miramar el íris
Sus galas estendia,

Tan bello como el dia
Del triunfo del Señor.
Y el mexicano entonces
Ve el arco de la alianza,
Y nace la esperanza
Que endulza su dolor.

Mil himnos, etc.

V.

Y un ángel de los cielos
Al jóven de Austria dice:
"En México infelice
El cetro empuñarás.
Y tu gentil consorte,
Paloma fiel de la arca,
Traslade á esa comarca
La oliva de la paz."

Mil himnos, etc.

VI.

Familia, patria, trono,
Dejó Maximiliano,
Y vuelve al mexicano
Su gloria y religion.
El para siempre estinga
De nuestro pecho el odio;
Carlota, ángel custodio,
Defienda á la nacion.

CORO FINAL.

Mil himnos sonorosos
En este nuevo dia
De insólita alegría,
Cantemos al Señor.
Y si del hondo averno
La vil discordia brota,
Muramos por Carlota
Y el grande Emperador.

México, Junio 12 de 1864.—*J. S. Segura.*

En el arribo de S. M. Maximiliano I á la capital del Imperio Mexicano.

¿Por qué, vástago ilustre de cien reyes,
Tu patria así abandonas?
¿Qué secreto poder, qué estrañas leyes
Te impelen á dejar tus patrios lares
Y atravesar los mares
Para venir á tan distantes zonas?

¿Acaso á tu ambicion el Viejo-Mundo
Brindaba campo estrecho?
No, que en tu noble pecho
No cabe la ambicion, tirano inmundo
Que á su poder funesto sacrifica
La justicia, el derecho,
La paz y el bienestar de las naciones.
Pues qué, ¿la ingratitud ó el noble encono
Que inspiran á los pueblos sus tiranos,
Tal vez cerró á tu amor los corazones
De tus conciudadanos?
No, que tu limpia fama
Liberal y magnánimo te aclama,
Y de tus compatriotas
En cada corazon dejas un trono.
¿Será que en el país de tus mayores
Te faltaron poder, bienes, honores?
Tampoco, pues en él tu fé abandona
Cuanto el hombre ambiciona,
Cuanto es dado pedir á la fortuna.
Es que mi pobre patria abandonada
A los estragos de una guerra impía,
De esa guerra cruel, desoladora
Que la justicia del Señor envia
Sobre los pueblos á su ley rebeldes,
Próxima ya á sonar la última hora
De su angustiada mísera existencia,
El brazo desarmó del Dios airado,
Que grande en su clemencia,
Sus votos escuchaba
Y un salvador en tí le preparaba.

Llamado á realizar tan alta empresa,
Ningun otro mortal hubiera osado
Sus riesgos arrostrar; mas tú heredero
De la cristiana fe de tus mayores,
Sumiso á los decretos soberanos
De Aquel que desde el trono de su gloria
Gobierna á los humanos,
Con rara abnegacion que asombra al mundo
Y ensalzará en sus páginas la historia,
Trasmitiendo á las últimas edades
Tu ya preclaro nombre,
Abandonas riquezas, dignidades,
Cuanto ambiciona el hombre;
Y respondiendo apenas
Al llanto con que anuncia tu partida
Tu patria desolada,
Le diriges tu eterna despedida
Y te lanzas en medio de los mares
Que entrambos continentes
Separan, y que te abren reverentes
Paso á tus nuevos lares.....

¡Bien venidos al suelo mexicano
Los príncipes ilustres
Que con valor heróico, sobrehumano,
Aceptan la mision que les confia
La sábia Providencia,
Y á nuestro bien consagran su existencia!
¡Bendígales el cielo
Y logren alcanzar los altos fines
Que solicitan con tan noble celo!

Mas advertid vosotros, mexicanos,
Que llamados tambien al participio
De tan gloriosa empresa, serán vanos
Los mas grandes esfuerzos
Del saber, el valor y el patriotismo,
Si atentos á la voz del egoismo
Rehusais cooperar al plan grandioso
Que ofrece á nuestra patria infortunada
La dicha y el reposo.

Ea, pues, demos principio
A la comun labor. No mas rencores
Que nuestro rico suelo han convertido
En un desierto inmenso, en que inhumanos
Combatimos hermanos contra hermanos;
Depongamos los odios de partido,
Y unidos por un solo pensamiento,
¡La dicha de la patria!
Respondamos al noble llamamiento
Y al sacrificio inmenso, generoso,
Del digno soberano
Que infatigable nuestro bien procura,
Trabajando sin tregua ni reposo
Hasta afianzar la paz y la ventura
Del renaciente Imperio Mexicano.

México, Junio de 1864.—*L. G. Arnaldo.*

A SS. MM. el Emperador y la Emperatriz de México.

Salud á vosotros los dignos monarcas
Que en pos de la dicha de un pueblo venís,
Y honrando sus pobres, incultas comarcas,
Por sendas de espinas bondosos seguís.
Salud á vosotros que nobles y humanos
Cumplís tan difícil como alta mision,
Y haceros quisísteis tambien mexicanos,
Tan solo por darnos la paz y la union.
Oísteis los ayes que un pueblo lanzaba
Sintiéndose presa de atroz frenesí,
Y luego escuchando su voz que os llamaba,
Cruzando los mares llegásteis aquí.
Con vos viene un ángel, la dulce esperanza,
Que afable nos muestra su célica faz:
Adónde lleguemos mi mente no alcanza
En alas del génio que siembra la paz.
¡Bendito mil veces el Dios que os envia!
¡Benditos los séres que os dieron el sér!
¡Bendito ese cielo que ayer os cubria
Y el mágico alcázar que os viera nacer!
Guirnaldas de flores fragantes y bellas
Que el suelo produce de aquesta region,

Y verdes laureles mezclados con ellas,
Es hoy nuestra humilde, sincera oblacion.
Pues deuda tan justa por ser tan inmensa
Pagarse no puede por hombres cual nos;
Mas ya se os prepara cabal recompensa:
Allá en el Empíreo tendréisla de Dios.....
Y yo que á mi patria ya admiro en su gloria,
Hoy vengo en su nombre gozoso á mostrar
Que en tanto que dure de vos la memoria,
Aquí, en cada pecho se os alza un altar.

México, Junio de 1864.—*F. G. Arnaldo.*

A nuestro Augusto monarca Maximiliano I.

En el ardor frenético
Del odio y las venganzas,
Cual en horrendo piélago
Nos vimos naufragar.
Envueltos en su rápida
Terrífica corriente,
Soplada por el ábrego,
Debiónos sepultar.

Todos ¡ay Dios! contábamos
Cercano el fin funesto:
Fuerzas, valor y espíritu,
Llegónos á faltar.
A lo alto nuestras súplicas
Alzamos afligidos,
Desde el sencillo párvulo
Hasta el de larga edad.

Todo era en torno lágrimas
Y palidez y muerte,
Sin esperanza mínima
De conseguir piedad.....
El cielo oyó las súplicas
De su afligido pueblo,
Y diónos en tí ¡oh príncipe!
Patria, gobierno y paz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Ah! Llega nuncio angélico:
A nuestras playas vuela;
Que tu venida anhela
Toda alma con afan.
Al ruego del Anáhuac
Tu patria y hogar dejas,
Y del azteca juras
Ser ángel tutelar.

Europa entera pásmase:
Tu alma virtud admira,
Y emulacion inspira
Al orbe en general;
Y tu admirable ejemplo
Humilla la arrogancia
Del bárbaro egoismo
Sediento de aspirar.

¡Maximiliano, el único
Eres que á nuestros males
Entrañas paternales
Opones con piedad!
Y tu consorte augusta
A nuestro bien propicia,
Gentil sigue tus huellas
Feliz, sin vacilar.

Al desatar sus vínculos
De objetos de amor tanto,
Lo hace queriendo el llanto
De México enjugar.
Parte el bajel y dice:
"Adios, llegó mi ausencia.....
No es Bélgica mi patria,
Lo es solo el Anahuác...."

¡Oh Napoleon benéfico!
A tí se dé la gloria,
Por tí nuestra victoria
Lograda vemos ya.
En otra vez mi lira
Fiel invocó á la Francia,
Y hoy vuelven mas gozosas
Sus cuerdas á cantar.

México, Junio 12 de 1864.—*M. M. Alvarez,*

A S. M. la Emperatriz de México, á nombre de los Jalapeños.

Resuenen de los vates sonoros los acentos,
Dulcísimos concentos hiriendo el aire están:
Las mexicanas liras sus mágicos sonidos
En acordes tañidos al mundo dando van.

De la princesa augusta, de nuestra Soberana,
La musa mexicana celebre la virtud.
Yo mezclaré á sus sones los que á mi humilde lira
Vuestra grandeza inspira ¡oh Emperatriz! salud.

Perdon, régia Señora, si elevo entre-cortada
Mi voz no acostumbrada á tanta magestad:
Oid con indulgencia á la pobre poetisa,
Oidla con sonrisa, con plácida bondad.

Que mi laud uniendo sus sones discordantes,
A las liras vibrantes que se oyen resonar,
Al pisar vos, Señora, la playa mexicana,
De Anáhuac Soberana os quiero yo aclamar.

Y á nombre de esta hermosa, ciudad encantadora,
Permitid ¡oh Señora! que cante en vuestro honor:
Todas sus bellas hijas os saludan con gozo,
Su acento melodioso resuena con ardor.

En este dia de gloria el pueblo Jalapeño
Repite con empeño: Salud, ¡oh Emperatriz!....
Si en épocas aciagas Jalapa ha padecido,
Sus males han concluido, que vos la hareis feliz.

Sed vos, régia Señora, quien llene de ventura
Un suelo que natura con profusion dotó:
Un suelo enriquecido por mano omnipotente,
Que hoy yace tristemente cual flor que se secó.

Con solo una mirada de vuestros reales ojos
La hareis de sus despojos alegre renacer.
De aquesta flor hermosa que estaba marchitada,
Podrá vuestra mirada las galas devolver.

Mirad, princesa augusta, sus límpidos colores;
Aun tiene los olores con que ayer se embriagó;